

Meditación

Empieza a atardecer. Estoy en mi cuarto. Miro a los cuatro muros de mi celda de retiro. Un lecho blanco y a su cabecera una cruz; una mesa oscura como si estuviese destinada a escribir las últimas disposiciones precursoras de mi muerte, todo esto me forja la ilusión de que me hallo en una cárcel o en una espaciosa tumba.

¡Qué contraste! De un lado siento alejarse unos pasos; ¿serán los de la muerte, quizás? Y por una pequeña ventana, al otro lado, diviso un pedazo de cielo, semioculto por las ramas, y un jardín. Qué de esperanzas forman en mi mente, esa tumba imaginaria y esa santa soledad.

Oprimiendo mi frente entrambas manos, leo el viejo cartel colgado en la pared: "Rogad a Dios por el alma de N. N., fundador de esta celda"; y a su lado hallo, a veces, el horario de Ejercicios. Su regla es inflexible, inalterable y manteniendo esa inflexibilidad, lograremos el triunfo. Ante él se han sometido miles antes que yo, y ante otro horario tan rígido como ése, testas coronadas, grandes e ilustres personajes, se han inclinado con la sumisión del niño; los que han ido ahí a buscar lo que no pudo darles el poder de sus imperios, ni la riqueza de sus estados: la paz del alma.

Empapado en estas reflexiones y con temor de turbar esta soledad, apenas me atrevo a mirar hacia donde el sol se ha puesto por sobre las copas de los árboles, que proyectan sus sombras sobre los cristales de mi ventana.

No obstante, me parece divisar la muerte deslizándose por entre el follaje de los árboles; siempre vuelve a mí el pensamiento de mi fin quizás cercano. Y aunque esta celda sombría no es cárcel ni tumba, es cierto que somos presos voluntarios de un Rey que quiere a su vez ser prisionero nuestro. ¡Cuánto me encanta esta prisión!

Napoleón, a pesar de toda su pasada grandeza, contemplaba el ancho mar desde un peñón solitario, sin poder trasponer sus aguas; nosotros, en cambio, sentados en la roca de Pedro, contemplamos sin temor el mar de los males del mundo, con el pensamiento que podremos navegar en él, sobre esa barca insumergible que nos ha de llevar a rincones risueños, en donde sólo las aves del cielo revuelan sobre la cabeza del sacerdote y donde no hay reptiles que se crucen en nuestro camino.

CARLOS FIGUEROA SERRANO

